

SATYAKAMA JABALA quiere saber quién es

-Teresa Guardans-

Ésta es la historia de Satyakama, un chico que vivió en la India hace más de 2600 años -según cuentan los *Úpanishads*-.

Úpanishad es una palabra sánscrita¹ que significa “sentarse atentamente a los pies de...”. ¿A los pies de quién? A los pies de los sabios. Gentes de todas las edades se adentraban en los bosques en busca de orientación y de ayuda para poder comprender el sentido de la vida y de la existencia. Sentados alrededor del maestro, preguntaban y reflexionaban. Podría decirse que los *Úpanishads* son algo así como unos apuntes de clase, los apuntes de unas clases muy peculiares.

Al bosque no se iba a aprender un oficio sino a crecer en sabiduría, a crecer en profundidad. Y este propósito no tenía límites de edad: ni mínimo, ni máximo. Los *Úpanishads* dan cuenta de esas “lecciones” impartidas en los bosques de la India hace cientos, y miles, de años. Gracias a ellos hemos podido saber de la tenacidad de jóvenes y mayores, de sus esfuerzos por indagar en los *cómo* y en los *por qué*; han llegado así hasta nosotros las preguntas de Shvetaketu, o las de Gârjî –hija de Vachaknu-, las de Nachiketa –el hijo de Vajashrava-, las de Satyakama Jabala y las de muchos más. La historia de este último nos la ofrece el *Úpanishad Chandogya*, un texto de aproximadamente 2600 años de antigüedad.



1 El sánscrito era la antigua lengua de la India.

Satyakama era huérfano. Lo único que sabía de su familia era que su madre se llamaba Jabala. ¿Y su padre? ¿Quién sabe! Jabala había trabajado en tantas casas, que era imposible saber quién era su padre. Cobijo y comida no le habían faltado nunca; siempre había encontrado alguna mano amiga. Pero había otras cosas que Satyakama echaba en falta: un hogar con el fuego sagrado encendido, como en todos los hogares, con las imágenes de los dioses que guían y protegen. Si tuviera un hogar, con su altar, ofrecería flores a Lakshmi, la diosa de la felicidad, con el deseo de que todos fueran felices, y a Ganesa, el dios de cabeza de elefante, el que supera todos los obstáculos. Sin hogar, ni altar, ¿quiénes eran sus dioses?, ¿cuáles eran sus responsabilidades?, ¿como “qué” tenía que vivir él?

Si hubiera nacido en una familia de la casta de los guerreros, estaría aprendiendo el arte de la lucha y la estrategia, preparándose bien para ser aceptado como un guerrero en cuanto cumpliera los once años; y en su *Upanayama* recibiría el cordón de cáñamo, el símbolo de su casta. Si hubiera nacido en una familia de comerciantes o de terratenientes sería un *vaisya*, y estaría aprendiendo las artes del comercio, o los secretos de las buenas cosechas; heredaría todos los conocimientos del oficio de su padre y a los doce años estaría a punto para recibir el cordón sagrado de lana que le confirmaría para siempre como *vaisya*. Y si hubiera nacido *brahman*, su familia tendría al cargo la interpretación de las escrituras –los Vedas-; se ocuparía de los rituales y sabría cómo rendir honores a los dioses. Si hubiera nacido *brahman*, a los ocho años le habría sido impuesto el cordón sagrado de algodón, símbolo del compromiso de estudiar por el bien de todos, para que el curso de la vida no se desviara del *sanatana dharma*, el recto camino eterno.

La UPANAYAMA, la ceremonia de imposición del cordón sagrado, simboliza el paso al mundo de los adultos: se inicia una nueva etapa de la vida, niños y niñas pasan a tener responsabilidad sobre sus actos. A menudo los jóvenes reciben en la *Upanayama* su nombre de adultos.

Sanatana significa ‘eterno’ y *dharma* ‘doctrina’, ‘conducta recta’, ‘honradez’. Es el verdadero nombre del hinduismo. *Hinduismo* es la palabra que utilizaron los europeos para referirse a la religión y a la cultura tradicional de la India, pero el nombre que allí recibía era *sanatana dharma* o ‘recto camino eterno’. En aquel entonces el *sanatana dharma* regía los derechos y los deberes de cada casta y fijaba la actuación de cada uno en el seno de una sociedad compleja.

A sus diez años Satyakama se encontraba muy perdido. ¿Con qué cordón sagrado iba él a participar en el tejido social?

- No sé si soy *ksatriya*, *vaisya* o *brahman*. O tal vez soy un *sudra*, un servidor. No sé cuál es mi *dharma*, qué vía que he de seguir. ¿Cómo he de comportarme? ¿como un guerrero o como un servidor? O, quizás, como un comerciante, o como un sacerdote, ¿cómo voy a saberlo!

La vida de los otros chicos y chicas seguían un rumbo, como las aguas de los ríos, según la familia a la que pertenecían. Pero ¿cuál era el sentido de la vida de Satyakama, el hijo de Jabala? ¿Cuál sería su objetivo?

Puesto que no disponía de respuestas, lo mejor sería ir a buscarlas – pensó-. ¿Dónde?

Había oído que todas las respuestas se encontraban en las Escrituras. Pero ¿qué maestro le enseñaría los secretos de las Escrituras a un chico que no eran un *brahman*? ¿O quizás sí lo era? ¡Quién sabe!

- Como mínimo, quiero intentarlo –se dijo.

Y se puso en camino, en busca de Hâridrumata Gautama, el *rishi* del bosque. Por un momento se le pasó por la cabeza atribuirse algún nombre *brahmánico*. “No es una buena idea –pensó-. Si el *rishi* es en verdad un sabio, no le podré engañar; y si pudiera engañarle, no me interesaría como maestro. No tengo más remedio que decir la verdad.” Después de dos días de camino pudo distinguir, en un claro del bosque, a un grupo de personas formando un círculo: gente de todas las edades sentada alrededor de un hombre mayor, con el cabello gris anudado en la coronilla y que lucía una barba más blanca que gris.

Satyakama se fue acercando poco a poco pero, de pronto, le invadió el miedo. “No tenía que haber venido –pensó-. Se va a reír de mi.” Pero ya no había posible vuelta atrás. El *rishi* se había percatado de la llegada del forastero y había dejado de hablar, dándole tiempo para presentarse. Tenía que seguir avanzando, ya no podía retroceder. Cruzó el círculo bajo las miradas inquisidoras de toda aquella gente hasta que se encontró delante del *rishi*. Le saludó cortésmente:

- *OM, shanti*. Os saludo, maestro. Mi nombre es Satyakama y desearía que me aceptarais como discípulo.

- Satyakama, ¿qué? ¿De qué familia procedes?

- No lo sé, señor. Mi madre se llamaba Jabala y trabajó en muchas casas. Me llaman Satyakama Jabala, señor. Por favor, aceptadme como discípulo.

Antes de que el maestro pudiera dar una respuesta, los presentes murmuraban indignados.

- ¡Qué jeta tiene éste! ¡Sólo los jóvenes *brahmanes* pueden ser instruidos en el saber de las escrituras! –protestaban.

El *rishi* guardaba silencio. Cuando todos hubieron callado, dijo:

- Considero que un *brahman* es aquél que dice la verdad sin miedo y sin dudar. Este muchacho ha hablado como un *brahman*, así pues, voy a aceptarlo como discípulo mío. Satyakama, hijo, ¿cuál es tu propósito?, ¿qué es lo que buscas?

- Comprender la realidad, señor. Saber quién soy, por qué existimos, cuál es la verdad de las cosas. Eso es lo que busco, señor.

- Si es así, conservarás el nombre con el que has venido hasta aquí.

Hâridrumata dijo esto porque Satyakama significa ‘el que desea la verdad’. Y también era como decirle: “el paso que das ahora es tu *Upanayama*; Satyakama será tu nombre en la nueva etapa que inicias”.

A partir de entonces, Satyakama se sentó entre los discípulos de Hâridrumata. En el bosque estudiaba y también ayudaba con la recogida de leña para mantener los fuegos encendidos. Aprendía a recitar los himnos de los Vedas y, poco a poco, los memorizaba. Hay que reconocer que le parecían muy complicados. Los himnos hablaban de los dioses y de la creación del mundo, cantaban alabanzas y expresiones que le resultaban muy extrañas. Había muchos más dioses de los que había imaginado y todos debían de ser importantes. Brahma era el nombre del creador, Vishnu el que todo lo conserva y su pareja, Lakshmi, la fuente de la felicidad; Parvati, la sabiduría, era el nombre de la mujer de Shiva –el destructor y renovador-. Su hijo, hijo de Parvati y Shiva, Ganesa, el que ayuda a superar los obstáculos, siempre había sido el preferido de Satyakama. En fin, una lista inacabable de dioses que aprendía a distinguir poco a poco.

Los discípulos se reunían cada día alrededor del Hâridrumata Gautama. Era el momento de comentar lo que habían estudiado, de aclarar dudas, de recibir buenos consejos. Había algo que Satyakama no entendía. Tan poco lo entendía, que no sabía ni cómo plantear la pregunta. El *rishi* hablaba a menudo del Absoluto, decía que era la Realidad entera, que lo era Todo, a veces también lo llamaba la “Verdad”, la “Belleza” o “Brahman”.

- ¿Se trata del dios Brahma, tal vez? –se atrevió a preguntar un día.

- No –respondió Hâridrumata Gautama-, Brahman, el Absoluto, es el Absoluto. Si fuera un dios o cualquier otra cosa, ya no podría ser absoluto; sería un dios o cualquier otra cosa.

¿Quién era capaz de entender esto? Satyakama, no.

Satyakama continuaba esforzándose con los himnos, pero no conseguía pillar el significado de todo aquello. Si había alguien más importante que los dioses, entonces ¿qué eran los dioses? De hecho, ¿qué tenía que ver todo aquel lío de dioses con saber quién era él, Satyakama, y el sentido de su vida? Estudiando los Vedas, ¿encontraría lo que buscaba? ¿Cómo podía ser que algo lo fuera todo? ¿No veía él árboles y nubes, noches y días, Sol y Luna, fuego y viento, tierra y aguas? Cada cosa era cada cosa ¿no? Tal vez era demasiado joven para meterse en aquellos líos, o tal vez eran temas que sólo podían entender los que de verdad nacían de padre *brahman*... ¿Comprender a Brahman estaba sólo al alcance de los *brahmanes*, quizás?

Un día, le iba dando vueltas a estos asuntos mientras recogía leña y en esas que se le acercó Hâridrumata.

- Satyakama ven conmigo.

Caminaron juntos hasta el valle en el que pacía el ganado. El *rishi* separó a las cuatrocientas vacas más escuálidas y le dijo a Satyakama:

- Te irás con estas vacas y no volverás hasta que se hayan multiplicado. Regresa cuando tengas una vacada de mil cabezas, fuertes y sanas.

El chico se quedó de una pieza -¡esto sí que no se lo esperaba!- pero obedeció. Agrupó las cuatrocientas vacas famélicas y se puso en camino, en busca de pastos para alimentarlas. “Tal vez Hâridrumata ha pensado que no sirvo como estudiante. Aunque si él se explicara mejor, a mí no me costaría tanto entender...”. Los pies de Satyakama avanzaban con las vacas, pero su cabeza y su corazón, todo su interior, permanecía todavía en el bosque rebelándose contra la orden del *rishi*. Al cabo de un rato, la rabia se había apoderado por entero de él.

- ¿Se habrá deshecho de mí porque no soy *brahman*? ¡Lo podía haber dicho desde el primer día!

De pronto, sin dejar de dar vueltas a su situación, se dio cuenta de algo importante: mientras mantenía aquella discusión consigo mismo el mundo a su alrededor desaparecía, no se enteraba ni del camino por el que andaba. De hecho, sólo se daba cuenta de la furia que lo teñía todo. En cambio, si fingía no estar rabioso, el camino y las vacas “reaparecían”, y su olfato percibía que la brisa del sur venía cargada de olor a agua fresca. En cuanto le atrapaba la rabia, ni brisa ni nada, todo quedaba sumergido en sus negros pensamientos. En cuanto descubrió esto, probó a “entrar” y “salir” de la rabia: ahora puedo percibir la brisa, ahora ya no, ahora estoy enfadado... Pronto ya no pudo entrar en la rabia, porque ésta había desaparecido. Ni rastro del mal humor. ¿Qué mosca le había picado para ponerse de aquella manera? ¡A saber por qué motivo Hâridrumata le había elegido a él! Quizás era un poco joven para controlar tantas vacas, pero ¡ya se espabilaría! Dándose ánimos, optó por ocuparse de las vacas, recordando que siempre había habido alguien dispuesto a echarle a él una mano.

En cuanto tomó esta decisión, se tranquilizó y quedó en paz. Paz en su interior y también a su alrededor. “Todo está bien; cada cosa ocupa su lugar.” Como si infinitos cordones sagrados tejieran el universo. Le gustó esta idea. Se detuvo en ella. Todos los *dharmas* entrelazados, no sólo los de los seres humanos. ¿De qué color sería el cordón sagrado de las vacas, el del agua o el de los árboles?

Día tras día, semana tras semana, Satyakama iba en busca de buenos prados. La vacada se fortalecía y se multiplicaba rápidamente. Cada mañana, al despuntar el día, juntaba las manos saludando a la vida, como había aprendido junto al *rishi*. Inspiraba con toda su fuerza, como si pudiera introducir al mundo entero en su interior, y pronunciaba lentamente el Gayatri:

*OM. Meditamos en el Supremo, el admirable esplendor de Sabiduría.
Que la luz de Savitri ilumine nuestros pensamientos,
Que Agni nos ilumine. OM.*

A lo largo del día, pasaba largos ratos en silencio, en atención interior, mientras conducía el ganado o buscaba a los terneros que se dispersaban, o limpiaba el lodo de los animales... Pero todavía no había resuelto su pregunta inicial: “¿Quién soy? ¿Por qué existo?”

Tras las lluvias llegó la estación seca, y de nuevo las lluvias, y otra vez la estación seca. Hasta que un día...

- El ganado ha alcanzado ya las mil cabezas. Ha llegado la hora de regresar. ¿Querrá ahora el *rishi* aclararme aquello de que Brahman lo es todo? Yo veo vacas, veo pastos y árboles, veo el cielo y la tierra, el Sol y la Luna, me veo a mí mismo... ¿Qué querrá decir que “Todo” es Brahman? –cavilaba Satyakama-. Y si el *rishi* no me responde, ¿dónde debo ir a buscar la respuesta?”

Y andaba en estos pensamientos, cuando echó de menos a un ternero de los más jóvenes. Le buscó por todas partes. Corrió en dirección Norte, en dirección Sur, hacia el Este y hacia el Oeste. Sin dejar de llamarlo se esforzaba por percibir el más pequeño rastro que delatará su presencia. Finalmente, lo descubrió a lo lejos, perdido, alejándose cada vez más de la vaquería. ¡Qué felicidad en cuanto lo vio! Pero lo sorprendente es lo que añade a continuación el *Úpanishad Chandogya*: cuando Satyakama regresó con el ternero junto al ganado, se sentó a descansar. Un toro cercano se le quedó mirando y Satyakama supo que el animal le decía: “si buscas con el mismo vigor con el que hoy has buscado al ternero, comprenderás que Brahman está en el Norte, está en el Sur, en el Este y en el Oeste. Mira de verdad y sabrás que está en todos los lugares”.

A Satyakama le dio un vuelco el corazón. No era para menos. Aquel mismo día se puso en camino con la vacada, en dirección al bosque. De noche encendió una pequeña hoguera. Sentado junto al fuego, con la mirada fija en la danza de las llamas, éste fue el mensaje que le transmitió el mismísimo fuego: “Brahman es la tierra, el cielo, la atmósfera y los océanos; es ilimitado, como el espacio”. Satyakama no podía dar crédito a lo que le estaba sucediendo. Si hubiera quedado escrito sobre la tierra, no lo habría percibido con mayor claridad.

- ¿Como el espacio? ¿Dónde hay algún punto en el que no haya espacio? –reflexionaba el chico-Y, si es como el espacio, ¿qué es?

Al día siguiente se levantó con los primeros rayos de sol y mientras observaba la luz inundando el panorama, quien le entregó el mensaje fue un cisne en vuelo: “Brahman, el Absoluto, la Verdad, es el Sol, la Luna, el fuego, la luz, la claridad en todas sus formas”. Sin ni

tiempo de recuperarse de la sorpresa, pasó una grulla rozándole la cabeza mientras chillaba: “Tú también, tú también eres Brahman. Tu aliento, la vista, el oído, la mente... Tú también eres Brahman. ¡Pregunta, pregunta!”

Satyakama la siguió con la mirada hasta perderla de vista. ¿Qué le estaba sucediendo? Parecía que recibía mensajes de todas partes. Se sentía tan feliz como perplejo. Feliz porque algo se estaba abriendo en su interior. Lo sabía: comenzaba a entender. No cabía duda. Perplejo, porque lo que entendía lo captaba de una manera muy diferente a como se entienden las cosas. ¡Qué extraño! Entendía lo que querían decir aquellos mensajes, pero no era un entendimiento de palabras...

Condujo el ganado hasta el bosque tan deprisa como pudo. Hâridrumata lo recibió con alegría.

- Hijo, además de volver con una vacada sana y numerosa, tu aspecto delata que has aprendido mucho. Explícame cómo te ha ido.

Y Satyakama le dio todos los detalles. Cuando acabó, el *rishi* le dijo: “Haz caso a la grulla, pregunta, seguro que hay algo que quieres preguntarme”.

- Sí, señor. Por la mañana ruego a Savitri, la luz del sol y a Agni, el dios del fuego, que iluminen mis pensamientos. Pero el cisne dice que la luz, el fuego y el sol son Brahman. De ello deduzco que Brahman podría compararse con un tejido y los dioses con los hilos del tejido. ¿Podría ser algo así?

- No es una mala imagen. Y entonces yo te diría que los dioses con todas sus gestas nos ayudan a ver unos hilos y un tejido que no distinguimos a primera vista.

- No lo entiendo. ¿Ver cómo?

- Ver es darte cuenta de lo que tienes delante; es tomar conciencia; es valorar. Tomo conciencia de la fuerza de existir, de la aparición de toda la existencia y le doy un nombre a eso: Brahma (que no *Brahman*, ¡no te confundas!), una fuerza poderosa, el dios Brahma. También tomo conciencia de que a pesar de los cambios, todo perdura, el poder perdura, de que la fuerza de existir es poderosa. También a ella le doy un nombre una imagen: el dios Vishnú.

»Pero para que haya regeneración ha de haber destrucción y desaparición; una vez más, reflexiono, tomo conciencia; veo tantas y tantas formas de destrucción y renovación, una gran fuerza con infinitas formas. También a este aspecto quiero darle un nombre. Será el dios Shiva. ¿Ves? Tres hilos, pero una sola fuerza de múltiples aspectos. No se acaba aquí, lo sabes bien. Son muchos los hilos que merecen ser valorados. El amor es Kama; a la semilla de la felicidad presente aquí y allá, ¿cómo la llamas?

- Lakshmi.

- Lakshmi, sí. Y así todos los que ya conoces y los que has aprendido. ¿Me sigues? Las historias de los dioses nos ayudan a reflexionar sobre aquello que no es fácil ver: que todo cambia siempre, constantemente; que, a pesar de los cambios, algo perdura... Es un “tejido” –como tú dices-, un tejido que nunca acabarás de investigar. Y eso es, quizás, lo más sorprendente: ¡siempre “hay más”! ¿Quieres preguntarme alguna otra cosa?

Satyakama sabía que necesitaría tiempo para reflexionar sobre todo lo que el *rishi* le acababa de decir, pero siguió adelante con las preguntas.

- Sí, señor. ¿Cómo he de entender lo que me dijo la grulla?: “¡Tú también, tú también eres Brahman!” ¿Significa que me pertenece el cordón de algodón, señor?

Hâridrumata sonrió.

- ¡Me parece que te enviaré a pastar de nuevo! ¿Todavía no lo entiendes? ¡Que las palabras no te confundan! Lluvia, rosada, río, cascada, lago, océano, olas, gotas... ¿son lo

mismo o son realidades distintas?

Satyakama no respondió inmediatamente.

- Diferentes por fuera, pero iguales en su interior –dijo finalmente.

- Bien dicho. Y si suprimes aquello que todas estos términos comparten, ¿qué queda?

Una lluvia sin agua, un río sin agua, un mar sin agua... nada. Hâridrumata continuó sin esperar respuesta alguna:

- Por fuera y por dentro... Más difícil de descubrir que el agua es aquello que todos los seres compartimos; aquello que -si lo suprimiéramos- nada existiría. En tu mano está el descubrirlo. ¡Ése es el cordón que de verdad importa! Fíjate bien en lo que te digo. No es de algodón, ni de cáñamo, ni tampoco de lana. Nadie podrá anudarlo alrededor de tu cuerpo porque ya está en ti, porque eso es lo que ya eres. De la misma manera que el agua es la ola, o la ola el agua. *Atman* es el nombre que le damos, pero de nada te sirve saber un nombre si no descubres por ti mismo su significado. ¡No sólo los dioses son los hilos de ese tejido invisible del que hablas! ¡No dejes nunca de investigar!

EL MENSAJE DE LOS *RISHIS*

“¡No dejes de investigar! Este sería el mensaje principal de los *rishis*. Los *Úpanishads* recogen el esfuerzo de aquellos maestros de la India por comprender la verdad de la existencia. Se calcula que los textos más antiguos pertenecen al siglo VII a. de C., aproximadamente. Los *rishis* insisten en que la auténtica comprensión del mundo comienza cuando aprendemos a verlo desde dentro, desde la verdadera naturaleza de las cosas. ¿Cómo llevar a cabo este propósito? Ése es un enigma al que únicamente puede responderse desde la propia búsqueda. ¿De qué le sirven a alguien que no ha probado ni ha visto nunca el agua, las descripciones de otro?

“Tener ideas” respecto a alguna cosa es muy diferente a tener la experiencia directa. Por ello –dicen los *rishis*- de nada serviría creer lo que ellos dicen, ni lo que las Escrituras afirman. Sus palabras sólo son pistas que pueden ayudar a poner en el camino de búsqueda.

¿CÓMO AFINAR LAS FACULTADES? EL YOGA

Insisten en que todo aquello que ayuda a comprender “por dentro y desde dentro” es una buena herramienta. ¿Cómo actuar para poder ver de esa manera? Proponen afinar mucho las antenas interiores y silenciar la palabrería que tan ocupados tiene a los seres humanos. Pero ¿cómo? Para fortalecer las aptitudes físicas conocemos gran cantidad de técnicas, ejercicios de resistencia, de agilidad, de desarrollo muscular, etc. Pero ¿cómo se “afinan las antenas”? ¿Cómo se desarrolla la atención interior? Es lo primero que hay que investigar.

Un gran sabio, el maestro Sankara (que vivió entre los siglos viii-ix) escribió:

Nadie sana de una enfermedad por el hecho de repetir el nombre de un medicamento sin tomárselo; de la misma manera, repetir la palabra Brahman no aporta nada. Sin el objetivo de alcanzar la Verdad suprema, el estudio de las Escrituras es inútil.

Únicamente la propia experiencia puede mostrar la verdadera naturaleza de las cosas y no las descripciones de otros, aunque se trate de las de un sabio; el verdadero aspecto de la luna sólo se puede conocer a través de nuestros propios ojos.

Pero, ¿cómo?, ¿qué sugieren? *Yoga* es el nombre “técnico” para designar el esfuerzo por afinar: una palabra sánscrita que quiere decir ‘vía de unión’. La primera pista nos la ofrece la propia palabra ya que apunta a unirse a aquello que se quiere conocer.

Para vivir contamos con la percepción, el pensamiento, el sentir, la actuación. *Percibimos* por medio de los sentidos, que son como nuestras ventanas. La *mente* ordena todo aquello que recibe a través de los sentidos, genera conceptos e ideas. *Sentir*: lo que sentimos y deseamos, amor y odio, deseo y aversión, felicidad y tristeza, confianza y miedo... *Actuar*: percepción, mente y sentimiento, todo el cuerpo, todo nuestro ser, en acción procurando lograr algún elemento, algún objetivo a corto o largo plazo.

“Todo aquello con lo que contáis para vivir –enseñan- son vuestras antenas.” Para comprender lo que es sutil y difícil de captar, será necesario templar, ampliar, sensibilizar... cada una de las antenas, todo lo que os constituye. Lo único que impide “ver por dentro y desde dentro” es vivir en la cerrazón. Es necesario hacer saltar “lo que obtura”. El yoga es poner en práctica ese propósito. En Occidente se habla a menudo del yoga como si se tratara de un sistema de gimnasia o de relajación... ¡Un sentido bien distinto del que es su significado originario!

¿De qué está hecho ese tapón? De “mi, mi, mi”, de “yo, yo, yo” –dicen los maestros-. Hasta que no comenzamos a afinar, la mente sólo trabaja en función de un objetivo: de nosotros mismos y de nuestro beneficio. Y ¿en beneficio de quién actuamos? De nosotros mismos. ¿Y qué es lo que mueve el corazón, nuestra capacidad de sentir? Si no pulimos esa “antena”, nuestro corazón se limita a desempeñar el papel de la pared que “devuelve la pelota”: soy una persona feliz, si me felicitan; triste, si me olvidan; si me quieren, respondo con amor; si no lo hacen, sufro o rabio... Hasta que uno no se “desemboza” tan sólo sabe de sus propios deseos y necesidades, ¡demasiado ocupados para poder ser testigos del espectáculo de la vida!

¿Qué es lo que proponen para salir de ese atolladero? Practicar la atención con el oído, la vista, el tacto, el olfato, el gusto, la mente, con todo el cuerpo, más allá de los intereses inmediatos, “útiles” o prácticos, o relacionados con lo que cada uno desea para sí mismo. Practicar con la mente ejercitándola para ocuparse de temas y aspectos de la realidad sin tenerse a “sí mismo” como objetivo. Practicar con el corazón, con la auténtica capacidad de sentir, hasta valorar y amar en profundidad la realidad ilimitada. Actuar sin tener el propio interés como único punto de referencia.

Cuando se pone especial hincapié en sutilizar la comprensión, la dedicación recibirá el nombre de yoga del conocimiento o *jñâna-yoga*; cuando el acento se pone en la acción, hablaremos de *karma-yoga*, que significa ‘yoga de la acción’; si se sitúa en el sentir, *bakhti yoga*. El *hâtha-yoga* ejercita la capacidad de atención y concentración gracias al trabajo coordinado de respiración y postura corporal. El *Râja-yoga*, la “vía regia”, entrelaza aspectos de los distintos yogas. En fin, las vías se complementan entre sí ya que nadie vive troceado, con la cabeza en una dirección y el corazón en otra. Desembarazarse de las obstrucciones para poder comprender desde dentro exige decisión y ganas de indagar. Como hizo Satyakama. No hay formas establecidas e infalibles, porque no hay dos vidas iguales, ni por épocas, ni por circunstancias, ni por maneras de ser... cada uno ha de llegar a ver por sí mismo. Los que han caminado antes pueden ofrecer pistas -como hacía Hâridrumata Gautama-, pero en ningún caso una verdad ya masticada, hecha a medida.

Valmiki, otro gran sabio, lo resumía de esta forma: “Los que se esfuerzan por comprender viven como personas; los que no, valen mucho menos que las bestias”.

El *Ûpanishad Chandogya* no da más detalles acerca de la búsqueda de Satyakama Jabala, “el que desea la verdad”. Podemos suponer que permaneció cerca de Hâridrumata unos años más, ya que sabemos que llegó a ser un gran sabio. En otro apartado del *Chandogya*, le encontramos enseñando a un discípulo llamado Upakosala. Otro *Ûpanishad*, el *Bridâraryaka*, nos lo muestra atendiendo a sus discípulos. Satyakama no dejó nunca de insistir en que la auténtica felicidad es la que aparece cuando comprendemos lo que somos en verdad, aquello que todo lo es. Un objetivo al alcance de cualquier ser humano dispuesto a trabajar con todas sus facultades, con determinación y sin miedo a los obstáculos. Sea cual sea su lugar de origen, provenga de la familia que provenga.

“¡Tú también, tú también!” –insistía Satyakama como la grulla.

PARA SABER ALGO MÁS ACERCA DEL HINDUISMO

UN POCO DE HISTORIA

En un territorio tan extenso como la India (el 2% de la superficie terrestre del planeta), en el que vive la sexta parte de la población mundial (más de mil millones de personas) la diversidad de formas de vida, de pensamiento y de religiones es inmensa.

Ya hemos visto que, desde Europa, se dio el nombre de “hinduismo” al conjunto de la cultura tradicional de la India. De la mano de Satyakama nos hemos puesto en contacto con los *rishis* y los *Úpanishads*. Pero las reflexiones de aquellos sabios no surgieron de la nada. Sus enseñanzas ayudaban a renovar la forma de vida y la religión más importante del territorio: lo que se conoce como vedismo.

Tres mil años antes de la era contemporánea, a orillas del río Indo, en el Norte de la India, unos pobladores llamados drávidas habían desarrollado una importante civilización de la que se sabe muy poco. De ella han llegado hasta nosotros algunos vestigios, como los restos de las ciudades de Harappa y Mohenjo-Daro. Hacia el 1700 a. de C. algo hizo entrar en crisis a la civilización de los drávidas: cambios climáticos que desencadenaron dificultades alimenticias, quizás.

Trescientos años después, los *arios*, unos pueblos procedentes del Asia Central, se habían convertido en los dueños del territorio. Su lengua era el sánscrito. Llamamos *vedismo* a la civilización aria de la India porque se fundamentaba en los Vedas, sus textos sagrados. Los Vedas son cuatro colecciones de himnos y de otros escritos que hablan de los dioses y de las ceremonias para honrarlos. De los Vedas se desprendía la manera de concebir el mundo, la existencia y la orientación del sistema de gobierno.

LOS VEDAS

La palabra sánscrita *veda* quiere decir ‘conocimiento’, ‘ciencia’. Designa los textos más antiguos de la India, ordenados en cuatro grupos: *Rig Veda*, *Sama Veda*, *Yajur Veda* y *Atharva Veda*. La extensión de todo este conjunto de textos equivale, aproximadamente, a la de unas seis Biblias. Aparecieron como tales textos escritos entre el 1300 y el 1100 a. de C., aunque su origen se remonta a una tradición oral mucho más antigua. Algunas partes constituían fórmulas para los antiguos rituales caídos ya en desuso. Pero también podemos encontrar cantares que todavía hoy invitan a la reflexión. He aquí dos ejemplos:

*Al principio nada había, ni tan siquiera existencia.
Ni aire, ni cielos,
ni la muerte ni la inmortalidad,
ni la antorcha del día ni la de la noche.
Sólo sombras envueltas en oscuridad.
De algún modo en el seno de esta nada,
el Uno se realizó, el Uno vino a existir.*

Pero ¿quién puede decir cómo fue y cómo comenzó todo?

*Era antes de que nada existiera, no había ser alguno,
¿quién puede saber cómo surgió?
Aquellos que han buscado con sabiduría en su corazón
conocen qué es lo que une lo que es y lo que no es,
conocen la existencia del Uno en todo lo que existe.
Sin embargo, ¿quién puede saber cómo surgió?
Del Rig Veda, himno X.*

Tierra soberana, tierra de altas montañas y de amplios valles, que sustentas las plantas de múltiples virtudes, ¡que la Tierra nos sea propicia!

Tierra sobre la cual ha surgido el amor y los ríos y las aguas, los alimentos y las tribus humanas; sobre la que se ha extendido la vida que se mueve y que respira, ¡que la Tierra nos proporcione agua cuando tengamos sed!

De la Tierra surge todo el alimento; la Tierra que sostiene toda la vida, ¡que no nos falte el ganado que necesitamos!

La extensa y generosa Tierra nos da prosperidad y nos recibirá con su manto. Sobre la Tierra marrón, negra y roja, sobre la fértil tierra multicolor protegida por Indra, sobre ella me sostengo sin destruirla, ni matarla, ni herirla.

Que la fuerza nutritiva de la Tierra nos haga prosperar, mientras ella también prospera. Ella es la madre, yo su hijo.

La Tierra que sostiene tan diversos pueblos, que viven con costumbres diferentes según los lugares que habitan y hablan lenguas distintas, como una vaca que ofrece leche al que confía en ella; que no deje de surgir de ella el bienestar para los seres vivos.

Madre Tierra, haz que me establezca con sabiduría y amabilidad en un buen lugar. Con la ayuda del Padre Cielo, sabia Tierra, ayúdame a encontrar la senda de la felicidad.

Atharva Veda, himno XII-1, selección.

Con el paso del tiempo, el vedismo se convirtió en un complicado entramado de rituales para una sociedad rígidamente dividida en castas, en la cúspide de la cual se situaba la casta de los sacerdotes, los brahmanes.

Las reflexiones de los *rishis* y su manera de actuar se caracteriza por el espíritu crítico hacia el ritualismo (la importancia excesiva otorgada a rituales y ceremonias) y la rigidez de las normas sacerdotales. Estos sabios quedaban al margen del “sistema” e insistían en que vivir adecuadamente como seres humanos no era fruto de complicar los actos de adoración a los dioses. La recta vía dependía, principalmente, de la comprensión de los aspectos y actitudes que los dioses simbolizaban y de actuar con sabiduría ayudados por ese conocimiento.

La crítica al sistema védico y la necesidad de renovación dio paso a nuevas vías espirituales, de pensamiento y de vida. Más o menos en el mismo período nacen algunas ramas que acabarán teniendo una vida independiente en relación al tronco védico del que brotaron (como son el jainismo y el budismo), y otras que se considerarán nuevos brotes, sin separarse de él. Se trata, en el segundo caso, de todas aquellas corrientes, escuelas y formas espirituales que el nombre “hinduismo” engloba y que, aún en nuestros días, siguen evolucionando y desarrollándose con dinamismo.

LAS CASTAS

El sistema de división de la sociedad en castas proviene de la época védica. Cuando los arios llegaron a orillas del Indo, se estructuraban en tres grupos: sacerdotes, guerreros y el tercero de comerciantes, artesanos y agricultores. La población indígena dominada, los drávidas, constituyeron un cuarto estamento por debajo de la sociedad dominante: el de los sudras o servidores.

El relato védico de la creación explicaba así la división social:

*[Cuando surgió el Purusha, el primer hombre]
¿En cuántas partes lo dividieron?
¿Qué nombre dieron a su boca?
¿Qué nombre a sus brazos?
¿Qué nombre a sus piernas y cuál a sus pies?
Su boca fue el brahmán,
sus brazos el guerrero,
sus piernas los vaishyas
y de sus pies nacieron los sudras.
Del Rig Veda. Himno X, 90, 11-12.*

En un principio esta imagen daba sentido al quehacer de cada grupo social, como partes necesarias de un todo. En el momento de esplendor del vedismo cada grupo tenía sus costumbres y sus propias obligaciones; pero no se trataba de mundos cerrados con fronteras infranqueables entre ellos, como sucedería tiempos después. Un muchacho de familia comerciante o de familia sacerdotal podía convertirse en guerrero. Se daba el intercambio entre los grupos. Fue a medida que los sacerdotes quisieron imponer su poder incuestionable, que el sistema se convirtió en una rígida pirámide jerárquica fuera de la cual quedaban los “descastados”, los impuros, aquellas gentes de otras poblaciones (ni arios, ni drávidas) que ni siquiera recibían trato de seres humanos.

Los *Ūpanishads* se muestran críticos con esta interpretación jerárquica y rígida de las castas (recordemos a Satyakama y las palabras de su maestro). La enseñanza de Buda (en el 500 a. de C.) representa un ataque frontal al sistema. Lo veremos. No ha habido sabio en la historia de la India que no haya luchado en contra del mismo desde los tiempos más remotos hasta conocidos personajes contemporáneos, como Gandhi o Vicente Ferrer. No obstante, todavía hoy, y a pesar de que las leyes de la India se oponen a él, el sistema de castas no acaba de desaparecer de las mentalidades de muchos sectores de la sociedad y de sus costumbres.

Quando en cierta ocasión algunos fieles se presentaron delante del maestro Swami Sivananda diciéndole que pertenecían a una determinada casta o tradición religiosa, el maestro respondió preguntando: “Decidme ¿cuál es la casta de Dios, cuál es la religión de Dios?”. En esta pregunta se expresa la esencia del sanatana dharma. Dios es el nombre que humanamente damos a esta Realidad Cósmica e Infinita que lo impregna todo. El fin de todo camino religioso es llegar a ser uno con esta Realidad que está más allá de cualquier camino espiritual. (Swami Bhakti Das)

EL CICLO DE VIDA-MUERTE-VIDA

La manzana roja que la semana pasada colgaba del árbol ya ha caído. Está en el suelo, pudriéndose, alimentando la tierra y depositando sus semillas. Si germinan, comenzará la vida de un nuevo manzano.

Nacer, crecer, madurar, morir, volver a nacer, a crecer... Así es el ciclo, la rueda de la existencia, **samsara** en sánscrito, una rueda que gira y gira sin parar. Al morir, los cuerpos son incinerados y se esparcen las cenizas sobre las aguas. El agua, el gran símbolo de la unidad en el hinduismo, el agua purificadora y constantemente renovadora. La idea que tengamos sobre el movimiento de la rueda, sobre la relación que pueda haber entre la vida y la muerte, entre la vida y lo que pueda venir después de ella, sea lo que sea lo que pensamos acerca de todo ello, eso es lo que orienta nuestra manera de actuar.

Si, cuando se agote esta vida, nazco de nuevo, ¿cómo será la nueva vida? ¿Podré escogerla? Mucha gente cree que renacemos y que existe una relación entre cómo vivimos la vida del presente y cómo será la que nos espera en el futuro; que nacer en mejor o peor casta, condición o especie, es el resultado de la suma de las propias acciones. La actuación de hoy inclina la balanza para mañana. La vida que hay en cada persona ha adoptado -ahora- esa determinada forma. ¿Qué aspecto tendrá en el futuro? Cuando vuelva a encarnarse en otro cuerpo, ¿qué tipo de cuerpo le corresponderá?

Otros dirán que es cierto que “la suma de las acciones” (el **karma**, en sánscrito) marca la vida pero... no la futura ¡ésta, principalmente! Sabiduría y felicidad son resultado de nuestras acciones. Desde esta perspectiva, lo que importa es orientar bien las acciones en el camino de la sabiduría y dejar de angustiarse por otras vidas futuras... Los sabios de los *Ūpanishads* insistían en que la forma de deshacer esa preocupación por el inacabable ciclo de muertes y renacimientos era entender de verdad lo que la realidad es. Utilizaban símiles como el del mar y las olas.

Si estoy en la orilla del mar y miro las olas de una en una, veo como cada una nace, crece y se disuelve: muere. Pero si miro el mar, veo que el mar está ahí, sin nacer ni morir, lo veo cambiando constantemente de formas, en la danza de las olas. Si la ola llegara a darse cuenta de que ella es una forma del océano..., cambiaría su manera de comprender y valorar cada una de las demás olas y transformaría también la perspectiva sobre la propia vida. Se liberaría de la angustia, ¡se sentiría tan grande como la inmensidad del océano!

Éste es el sentido del término “liberación”, **moksa**, el objetivo del camino de conocimiento, el objetivo de la búsqueda: liberarse de la ignorancia, de la perspectiva errónea, para liberarse así de absurdas zozobras. El resultado de esta sabiduría sólo puede ser una profunda paz y una estima radical por todos los seres; ya que, como las olas del mar, todos somos lo mismo, una única realidad, todos somos Uno, Brahman. El fruto de la sabiduría es interés y amor por todo, amor a cada ser como a sí mismo. Cuando la ola se ha dado cuenta de que ella también es el mar, ¿cómo podría menospreciar a otra ola, o desinteresarse de ella? ¿Qué sentido tendría sufrir por sus cambios de forma? Ésta sería, a grandes rasgos, una perspectiva nuclear del pensamiento hindú.

BRAHMAN Y LOS DIOSES

¿Muchos dioses o sólo uno? ¿Dónde está la verdad, en los dioses de los Vedas o en Brahman, el Único, el Absoluto? “Se trata de dos maneras de hablar muy diferentes, que subrayan a aspectos distintos de la realidad” –responderían los *Úpanishads*.

El término “Brahman” apunta al misterio inabarcable de la realidad que ni puede ser descrito, ni hay palabras adecuadas para referirse a ello. Pero como la comunicación no puede prescindir de las palabras, aquello que no tiene ni forma ni nombre también recibe una: Brahman. Y otra será la palabra para hablar de este misterio sin forma ni nombre en cada ser: Atman. Brahman se refiere al misterio ilimitado que impregna al Universo; Atman, a ese mismo misterio ilimitado en cada ser.

Los dioses, sus historias y avatares, son imágenes metafóricas, recursos para ayudar a la imaginación humana, para contribuir a valorar la profundidad y la riqueza de la realidad. Es lo que le enseñaba Hâridrumata Gautama a Satyakama. También podría aplicarse a los dioses el símil de las olas y el mar, o esta otra antigua imagen de la luz y los colores:

Los colores son múltiples. Los colores no son la luz.

La luz no son los colores.

Sin embargo, sin luz, ¿dónde está el color?

Luz y colores, ¿cómo se relacionan?

Así, Brahman en relación con los dioses, los âsuras [espíritus malignos] y toda la multiplicidad de existencias.



Desde hace más de 2500 años, el hinduismo es una realidad muy plural en la que conviven actitudes y creencias de todo tipo: desde ese amplio abanico de buscadores del Absoluto hasta la infinidad de dioses con sus prácticas devocionales específicas. Se calcula que puede llegar a haber unos 33 millones de dioses...

En la cúspide de esta extensa corte celestial encontramos las tres divinidades principales: Brahma, Vishnú y Shiva, con las tres *shaktis* –su energía divina simbolizada en sus parejas-. El nombre que recibe esta tríada central de dioses es *Trimurti*. Las divinidades son el eje de los Vedas, sus himnos se refieren a ellos y a ellos se dirigen las plegarias védicas. Pero no es en los Vedas donde encontramos todo el despliegue de relatos míticos, sino en unos textos posteriores: los *Puranas*.

PURANAS

Purana significa ‘narración antigua’. Los Puranas son relatos acerca de los dioses, sus vidas, su ejemplo. Uno de los más conocidos es el Bhagavata Purana, el Purana del Bienaventurado, que nos habla de Krishna.

En estos relatos hallamos las claves de interpretación de los distintos símbolos que caracterizan a cada dios, del origen de las fiestas o del sentido sagrado de determinados elementos y lugares.

Por ejemplo, el respeto a los monos, desde que los monos con su rey Hanuman ayudaron a Rama.

O Varanasi (Benarés) como una ciudad sagrada, lugar de las abluciones purificadoras en las riberas del Ganges. Dice la narración que el dios Vishnú provocó que la diosa purificadora Ganga bajara a tierra en las aguas del río Ganges y que el dios Shiva escogió una ciudad en su ribera, Varanasi, para vivir allí como asceta. De aquí la veneración por el río y por esta ciudad.

¿Por qué el dios Ganesa tiene cabeza de elefante? Ganesa es hijo de Shiva y de Parvati. Su madre, orgullosa del recién nacido, dijo a Sani, el rey de los planetas, que lo mirara. Parvati había olvidado que la mirada de Sani lo fundía todo, también la cabeza de Ganesa. El dios Brahma (recordad: el que crea) aconsejó a la desesperada Parvati que le colocara la primera cabeza que encontrara, que fue una cabeza de elefante.

Las mitología de la India es muy rica en imágenes, símbolos y narraciones.

Puja es el nombre que reciben las plegarias y los momentos de veneración a las divinidades, o a aspectos determinados de lo sagrado. Las palabras de invocación se acompañan de ofrendas florales y de la quema de incienso. Las *pujas* tienen lugar en el pequeño altar de los hogares, en el que están dispuestas las imágenes de las divinidades y de personajes de valor espiritual. También pueden llevarse a cabo en los templos o en determinados lugares con significado especial. Se suele realizar una *puja* al amanecer y otra al ponerse el sol, como mínimo.

Hay muchos espacios naturales con especial fuerza y significación: los nacimientos de los grandes ríos o los ríos mismos, las altas cimas de los montes... Son numerosos los templos que reciben forma de montaña, en recuerdo de esas altas cimas. No faltan bellas historias para narrar el origen sagrado de un lugar o de otro, como la diosa Ganga transformándose en las aguas del Ganges, o Shiva viviendo en Varanasi y consagrando así la ciudad, Krishna en Brindaban, Vishnú en Puri... La peregrinación a estos destinos se vive como un medio de celebrar, meditar, buscar la purificación... A menudo, los templos se ubican cerca de un río o de un estanque –natural o artificial- para facilitar los baños purificadores.

RAMA Y KRISHNA, LOS AVATARES

¿Quiénes son Rama y Krishna, esos dos personajes que ya hemos mencionado, tan presentes en la cultura hindú? Rama y Krishna no son dioses, sino *avatares*.

Los dioses y diosas hindúes tienen su propio mundo, no viven en la Tierra. En cambio, según la tradición, Rama y Krishna sí que vivieron entre los seres humanos. Cada vez que la realidad pierde el rumbo, cada vez que se requiere restablecer el orden, el dios Vishnú se encarna: el poder sagrado se presenta de forma especial en alguna persona que será considerada un “avatar”, que quiere decir ‘descenso’. Rama y Krishna serían dos ejemplos de ello. En torno a ellos se han desarrollado tantas y tantas historias fabulosas y ejemplares, que es difícil saber algo de su vida. Con el paso del tiempo los avatares se divinizan y reúnen muchos rasgos sobrenaturales.

Dicho de otra forma, hay personas que logran tal grado de comprensión profunda y de transformación personal, se han “sutilizado” tanto, que han dejado a un lado los límites de su “pequeño yo personal”. Hombres y mujeres capaces de mostrar la profundidad de lo real como espejos reflejando al sol. Personas así transforman la realidad de su entorno y las vidas de quienes les escuchan. Muchos consideran también que Buda, Jesús o Gandhi fueron avatares de Vishnú, como lo fueron Rama o Krishna.

El *Ramayana* nos explica la historia del gran rey Rama. El nacimiento y las gestas de Krishna se encuentran en el *Bhagavata Purana* (también conocido como *Srimat Bhâgavatam*). Krishna desempeña también un importante papel en el *Mahabharata*, un extenso poema épico. Todos ellos son bellos y ricos textos, poéticos y sabios, que nos ofrecen multitud de indicaciones que invitan a la investigación.



Escena del *Bhagavad Gita*: Krishna guía el carro del guerrero Arjuna

EL BHAGAVAD GÎTA

El Bhagavad Gîta, o canto (gîta) del Bienaventurado, Krishna, es uno de los libros que componen esa gran epopeya que es el Mahabarata. En pleno campo de batalla Krishna instruye al guerrero Arjuna. Le expone los diferentes yogas, las vías de realización humana. Porque, en cualquier situación, incluso en una batalla, es posible comportarse conscientemente, de forma lúcida y “autoconducida”, en lugar de dejarse llevar por los instintos. El Bhagavad Gîta, es un texto breve, una pequeña obra considerada como el “evangelio” del hinduismo, ya que ofrece todos los puntos clave de la sabiduría hindú.

El siguiente fragmento se refiere al karma yoga, la vía para crecer en profundidad por medio de la acción, sean cuales sean las circunstancias. Dice así:

No es evitando actuar como se libera el ser humano, ya que por mucho que quiera, no podrá dejar de actuar de una manera o de otra. Si alguien pretende cultivar la inacción pero mantiene su corazón apegado al deseo, vive en una falsa ilusión.

¿Cómo actuar entonces? Krishna le dice a Arjuna:

Grande es aquel que, libre de todo deseo, convierte su destino en una constante acción consagrada. Pon todo tu corazón en la acción, pero no en su recompensa. No dejes de llevar a cabo tu tarea pero no actúes pendiente del resultado: ésta es la vía de la sabiduría en la acción.

La acción realizada por una recompensa es muy inferior a la acción realizada en el yoga de la sabiduría, la vía de la liberación en la acción. ¡Qué pobres son los que actúan por una recompensa! Realiza tu tarea en la paz del yoga y, libre de deseos egoístas, no te preocupes por el éxito o por el fracaso.

El yoga de la acción es la acción en la paz de la mente.

Baghavat Gîta II, 47-49.

PISTAS PARA INVESTIGAR

He aquí una pequeña selección de ese legado de textos que la tradición hindú ofrece para que sean investigados; textos que quieren ser pistas para orientar en la búsqueda de la realidad “desde el interior”. Recordemos que la palabra “Brahman” apunta hacia la realidad percibida desde su valor profundo, Absoluto, el misterio de la realidad; mientras que “atman” se refiere a ese mismo misterio en cada uno, en el núcleo de cada ser humano.

*Aquello que denominamos Brahman
es el espacio exterior del hombre, exterior al hombre.
Es el espacio interior del hombre, el espacio en su interior.
Es el espacio interior del corazón, pleno e inmutable.
Luz que supera todo esplendor, luz que brilla sobre la Tierra y más allá de los más altos cielos.
Ésta es la luz que brilla en nuestro propio corazón.
Todo es, en verdad, Brahman. Es el origen, el fin y la subsistencia de todo.
Es mente y vida, es luz y verdad, es el espacio infinito.
Mi Atman, que es mente, que es vida, cuya forma es la luz,
cuya esencia es el espacio,
el Atman al que pertenecen todas las actividades, todos los deseos, todos los olores y gustos,
ese, mi Atman, todo lo abarca.
Más pequeño que un grano de arroz, o que un grano de cebada, o que un grano de mostaza, o
que un grano de escayola, habita en mi corazón.
Más grande que la Tierra, más grande que la atmósfera, más grande que el firmamento, más
grande que los cielos, más grande que todos los mundos, habita en mi corazón.
Abraza al universo entero y, en silencio, es Amor hacia todas las cosas.
Es mi Atman, es Brahman.*

Fragmento del *Úpanishad Chandogya*.

*Como el fuego que, aunque es uno, adopta nuevas formas en todo lo que arde, Brahman, siendo
uno, adopta nuevas formas en todo lo que existe. Se encuentra en el interior de todo y también
en el exterior.
Como el viento, aunque es uno, adopta nuevas formas allá donde penetra, Brahman, siendo
uno, adopta infinitas formas en todo lugar. Está en el interior de todo y también en el exterior.*

Fragmento del *Úpanishad Katha*.

Al rey Janaka le gustaba conversar con el sabio Yajñavalkya:

- Dime, Yajñavalkya, ¿cuál es la luz que ilumina a los seres humanos?
- Es el Sol, pues con la luz del Sol las personas caminamos, realizamos nuestras tareas, nos movemos y descansamos.
- Sí, pero cuando el Sol se pone, ¿cuál es la luz de los seres humanos?
- La Luna es su luz, porque con la luz de la Luna nos podemos desplazar e ir de aquí a allá.
- Y si no hay ni Sol ni Luna, ¿qué?
- El fuego, oh rey, es entonces la luz de los seres humanos.
- Pero y si no hay ni Sol, ni Luna, ni fuego, ¿qué?
- Si no hay ni Sol, ni Luna, ni fuego, entonces la voz es su luz, porque por las voces nos podemos guiar.
- Y si no hay ni Sol, ni Luna, ni fuego, ni se oyen voces, ¿cuál es la luz de los seres humanos?
- Atman, la sabiduría de su corazón es la luz, pues ella guía nuestro camino, nuestro trabajo y nuestra vida.

Fragmento del Upanishad Brihadaranyaka.

Uddâlaka Aruni mantuvo esta conversación con su hijo Shvetaketu:

- Pon esta sal en el agua y ven mañana.
- Shvetaketu así lo hizo. Al día siguiente su padre le dijo:
- Tráeme la sal que pusiste ayer en el agua.
- Svetaketu miró en el recipiente, pero ya no distinguía la sal, se había disuelto.
- Prueba el agua de la superficie. ¿Qué gusto tiene?
- Salada.
- Prueba la del medio. ¿Qué gusto tiene?
- Salada.
- Prueba también la del fondo. ¿Qué gusto tiene?
- Salada.
- ¿Qué me dirías de esto?
- Pues que, aunque yo no la vea, la sal está en el agua.
- Del mismo modo, Shvetaketu, aunque no lo veas, en toda realidad hay un sutil elemento, su esencia profunda que es también tu esencia. También tú lo eres, Shvetaketu.

Otro día, Uddâlala Aruni dijo a su hijo:

- Tráeme un higo de aquella higuera.
- Shvetaketu subió a la higuera y cogió un higo.
- Ábrelo. ¿Qué ves en su interior?
- Estos granitos tan pequeños.
- Abre uno de los granitos. ¿Qué ves dentro?
- No veo nada, padre.
- Pues de la misma manera, aunque no percibas el sutil elemento, piensa que la higuera ha crecido a partir de un granito como éste en el que tú no ves nada. Eso tan sutil está por doquier, en todo lugar, aunque tú no lo percibas; es la verdadera esencia y tú también lo eres, Shvetaketu.

Fragmentos del Upanishad Chandogya.

Y para cerrar la selección de pistas, he aquí unos versos del poeta Kabir, que vivió en Varanasi en el siglo xv.

*Oh, amigo, conócelo y compréndelo mientras vives,
ya que la liberación es posible en esta vida.
Si no rompes las cadenas en vida,
¿cómo esperas conseguirlo en la muerte?
Si lo encuentras ahora, también después,
Si no, sólo vivirás en el reino de la muerte.
Es ahora el momento de la Unión,
Y así también lo será mañana.
Sumérgete en la Verdad,
Solo la búsqueda es esencial.*

OM Éste es el símbolo del hinduismo, las tres letras de la sílaba OM (o AUM). Lo que hemos leído en estas páginas nos permitirá acercarnos a su significado.

OM es un sonido simple que quiere evocar verdades infinitas. Reuniendo los rasgos sutiles de la realidad, OM es una ayuda y una orientación para la meditación.

OM encarna y representa el sonido inicial del universo, el primer elemento que existió y a partir del cual todo fue creado –dicen los Vedas.

Cada una de las tres letras (A, U, M) que forman la sílaba, adopta más de un sentido. así, por ejemplo, cuando la A simboliza a Brahma, la U a Vixnú y la M a Shiva, OM es la unión de las tres divinidades: la Trimurti.

Cuando las tres letras apuntan a la realidad en sus tres aspectos: *sat* (existencia), *chit* (conciencia) y *ananda* (profunda felicidad), OM es el símbolo de Brahman, el Absoluto.

OM es la primera palabra de las plegarias y de las ceremonias. Es un sonido que se repite y se saborea, procurando concentrarse en él, penetrar en su significado, identificarse con él, como si fuera la puerta de entrada de aquello que se está buscando.

OM ayuda a recordar la indagación que se quiere llevar a cabo cuando el sonido acompaña a la respiración y se unifica con su movimiento, instante tras instante.

OM está en los labios, en la mente y en el corazón, y OM impregna el universo; es la respiración del mismo Universo, su sonido inicial, el símbolo del misterio que lo envuelve y lo penetra... *OM, Shanti. OM, Paz*

EL CALENDARIO FESTIVO

Los relatos mitológicos impregnan de sacralidad el tiempo y el espacio hindúes. En la extensa geografía de la India tal vez se celebren más de cuatrocientas fiestas religiosas a lo largo del año. El calendario de las festividades varía según las regiones, las divinidades más importantes presentes en cada zona o las corrientes religiosas con más peso en cada territorio determinado.

Las fechas de las fiestas se desplazan ligeramente porque se fijan según las lunas². La base del calendario es lunar, por lo que consta de doce meses de cuatro semanas. Cada cinco años, se añade un mes, para no alejarse demasiado del calendario solar de 365 días. Los meses comienzan en el momento de la luna llena - prácticamente en toda la India-.

De esa gran diversidad de festividades, recogemos una pequeña selección.

En el momento de más oscuridad, entre octubre y noviembre, antes de la luna llena, se celebra **Divali**, la fiesta de la luz, dedicada sobre todo a Lakshmi, diosa de la fortuna, la pareja de Vishnú. Es la celebración de la luz que renace, luz del universo, pero también de la luz interior que disipa la ignorancia. Se encienden lamparillas por doquier, unas lamparillas de arcilla llamadas *diye*, y fuegos artificiales. La fiesta dura dos días, en los que se intercambian visitas y dulces; es costumbre, también, enviar tarjetas de felicitación.

En enero, al sur de la India, se celebra **Pongal**. Es una fiesta solar para celebrar la primera recogida de arroz y dar las gracias por los animales domésticos.

Mahashivaratri, en el mes de febrero, es la gran noche de Shiva, la noche de su adoración; con plegarias, ofrendas y la lectura del *Shiva Purana*.

Holi es la gran fiesta de la primavera. Transcurre entre febrero y marzo. El color y la alegría irrumpen por todos los rincones. Durante la vigilia, al atardecer, se encienden grandes hogueras en recuerdo del príncipe Prahad. Prahad, hijo del rey Hiranyakashyap, se opuso a las pretensiones de su padre de ser adorado como un dios y éste lo condenó a muerte. Pero el príncipe se salvó de la hoguera y, en su recuerdo, la gente “salva” una rama retirándola de las hogueras en llamas. El día de Holi, festividad de Krishna, pequeños y mayores juegan lanzándose unos a otros bolas de polvo rojo y agua teñida de rojo para celebrar la sangre y la vida renovada que fluye por todas partes.

Ramanavami es la festividad del nacimiento de Rama, y se celebra a caballo entre marzo y abril, aproximadamente. Los templos dedicados a Rama se iluminan bellamente en una noche ceremonial en la que se leen las gestas de Rama recogidas en el *Ramayana*.

Finalmente, **Krishna Janmasthanami** es la conmemoración del nacimiento de Krishna. Las horas previas a las doce de la noche están marcadas por el recogimiento, mientras que a partir de las doce, da comienzo la feliz celebración de su llegada, con canciones y ofrendas, a menudo alrededor de una imagen del niño en la cuna.

© Teresa Guardans (del libro: Las religiones, cinco llaves. Octaedro, 2007)

2 Para poder situar las fiestas en el calendario, recomendamos el Calendario Interreligioso publicado por UNESCOCAT y la Asociación Unesco para el Diálogo Interreligioso (véase la página web www.audir.org)